

ANDREW LANE

EL JOVEN
SHERLOCK
HOLMES

LA SANGUIJUELA ROJA



SIRUELA

Créditos

Edición en formato digital: septiembre de 2014

Título original: *Young Sherlock Holmes. Red Leech*

Del diseño de la cubierta, www.buerosued.de

© Andrew Lane, 2010

First published 2010 by Macmillan Children's Books a division of Macmillan Publishers Limited

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

© De la traducción, Mireya Hernández Pozuelo, 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-61-6

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

Dedicado a las tres profesoras que me enseñaron a escribir a lo largo de los años –Sylvia Clark, Eve Wilson e Iris Cannon– y también a los cuatro escritores cuya obra ha sido como una enciclopedia viviente para mí: Stephen Gallagher, Tim Powers, Jonathan Carroll y David Morrell.

Y un especial agradecimiento a:

Marc y Cat Dimmock por animarme; Stella White, Michelle Fry, Scott Fraser, A. Kinson, Chris Chalk, Susan Belcher, L. M. Cowan, L. Hay, Stuart Bentley, Mandy Nolan, D. J. Mann y todos los demás que escribieron críticas del primer libro del joven Sherlock Holmes para Amazon justo en el momento en que lo necesitaba para sentirme más tranquilo escribiendo, y a Dominic Kingston y Joanne Owen de Macmillan por cuidar tantísimo de mí.

Gracias a todos.

LA SANGUIJUELA ROJA

Prólogo

James Hillager pensó que alucinaba cuando vio por primera vez la sanguijuela gigante.

En la selva de Borneo hacía tanto calor y había tanta humedad que parecía que estuviera en un baño turco. Tenía la ropa empapada, y el vapor de agua en la atmósfera no permitía que el sudor se evaporase y le goteaba sin cesar de los dedos y la nariz, o le resbalaba por el cuerpo y se acumulaba en cualquier sitio donde su ropa le tocara la piel. Sus botas estaban tan llenas de agua que podía oír un chapoteo a cada paso que daba. El cuero se acabaría pudriendo en unas semanas si aquello seguía así. En su vida se había sentido tan desanimado e incómodo.

El calor hacía que le diera vueltas la cabeza, y fue eso —el hecho de que estuviera deshidratado y no hubiera comido bien durante días— lo que le hizo pensar que se trataba de una alucinación. Llevaba un rato oyendo voces en los árboles que había a su alrededor: voces susurrantes que hablaban sobre él y se reían. Una parte de su mente le decía que era solo el sonido del viento en las hojas, pero otra parte quería gritar y pedirles que se callaran. Y quizá dispararles luego si no obedecían.

Ya había visto animales que le habían dejado boquiabierto. Puede que fueran reales; pero también puede que fueran alucinaciones. Había visto monos con narices enormes y protuberantes; ranas del tamaño de su pulgar de color naranja chillón, rojo o azul; un elefante adulto completamente

formado que le llegaba a la altura del hombro; y un animal parecido al cerdo con el pelo negro y un hocico alargado, puntiagudo y flexible. ¿Cuántos de ellos eran reales y cuántos un producto de su mente febril?

Will Gimson se detuvo a su lado, se inclinó con las manos en las rodillas y empezó a aspirar profundas bocanadas de aire húmedo.

–Tengo que parar un momento –dijo, jadeante–. Me cuesta mucho moverme.

Hillager aprovechó la ocasión para limpiarse la frente con un pañuelo que probablemente estaba más mojado que su cara. Tal vez las alucinaciones se debían a que había contraído alguna fiebre tropical. En aquellos bosques de Borneo se podían coger multitud de enfermedades extrañas. Había oído hablar de hombres a los que, después de darlos por perdidos en la jungla, volvían como si tal cosa tras llevar semanas desaparecidos, con la piel de la cara cubierta de pústulas o prácticamente despegándose del hueso.

Miró nervioso a su alrededor. Incluso los árboles parecían burlarse de él. Tenían los troncos retorcidos y llenos de nudos, y unas plantas y enredaderas más pequeñas salían de ellos como si fueran parásitos. Crecían tan cerca unas de otras que no podía ver el cielo, y la única luz que se filtraba era difusa y tenía un tono verdoso.

Empezó a tiritar pese al calor que hacía. No estaría en aquel terrible lugar si no temiera aún más a su jefe.

–Dejémoslo por hoy –rogó. No quería pasar ni un minuto más en aquella jungla. Solo ansiaba regresar al puerto, cargar los animales enjaulados que habían cazado y volver a la civilización–. No está aquí. Ya tenemos suficientes animales para hacerle feliz. Olvidémonos de este. Ni se va a dar cuenta.

–Ah, ya lo creo que se dará cuenta –dijo seriamente Gimson–. Si volvemos sin un bicho, ese será justo el que él quería.

Hillager estaba a punto de discutir con él cuando Gimson añadió:

–¡Espera! ¡Creo que he visto uno!

Hillager se movió cerca de su compañero, que seguía agachado pero estaba mirando fijamente al pie de uno de los árboles.

–¡Mira! –exclamó, y señaló algo.

Hillager siguió la dirección a la que apuntaba el dedo de Gimson. Ahí, en un charco de agua entre dos raíces de un árbol, estaba lo que parecía un coágulo de sangre rojo intenso del tamaño de su mano, brillando bajo la tenue luz del sol.

–¿Estás seguro? –preguntó.

–Así es como Duque dijo que sería. Exactamente como él dijo que sería.

–¿Y qué hacemos?

En lugar de responder, Gimson alargó la mano y cogió aquella cosa entre el dedo índice y el pulgar. Lo levantó y vio cómo caía sin vida hacia un lado. Hillager lo miró fascinado.

–Sí –dijo Gimson mientras le daba la vuelta y lo examinaba de cerca–. Mira. Ahí está la boca, o la ventosa, o como se llame. Tres dientes alrededor del borde. Y el otro extremo también tiene una ventosa. Así es como se agarra: se adhiere por los dos lados.

–Y te chupa la sangre –dijo Hillager en tono amenazante.

–Y chupa la sangre de cualquier cosa que pase delante de él lo bastante despacio como para poder agarrarse a ella –explicó Gimson–. Esos elefantes diminutos, esa especie de tapir con el hocico puntiagudo, cualquier cosa.

Hillager observó cómo la sanguijuela cambiaba de forma y se iba haciendo cada vez más larga y delgada. Cuando Gimson la cogió era prácticamente redonda, pero en ese momento se parecía más a un gusano gordo. Él seguía sujetándola con los dedos muy cerca de la cabeza, si el trozo de la boca se podía considerar una cabeza.

–¿Qué hace con ellas? –preguntó Hillager–. ¿Por qué manda a la gente hasta aquí para cogerlas?

–Dice que oye cómo gritan su nombre –respondió Gimson–. Y en cuanto a lo que hace con ellas, no creo que quieras saberlo. –Se acercó más a la criatura y la examinó

detenidamente. Esta se agitó hacia él, a ciegas pero percibiendo de algún modo la sangre caliente—. Lleva tiempo sin comer.

—¿Cómo lo sabes?

—Está buscando algo a lo que agarrarse.

—¿La dejamos? —preguntó Hillager—. ¿Y buscamos otra mañana? —Esperaba que Gimson dijera que no, porque no estaba dispuesto a pasar más tiempo en esa jungla.

—Es la primera que vemos en una semana —respondió Gimson—. Podría pasar más tiempo antes de que viéramos otra. No, tenemos que cogerla. Tenemos que llevarla de vuelta a casa.

—¿Sobrevivirá al viaje?

Gimson se encogió de hombros.

—Probablemente. Si la alimentamos antes de regresar.

—De acuerdo. —Hillager miró a su alrededor—. ¿Qué propones? ¿Un mono? ¿Uno de esos cerdos raros?

Gimson no dijo nada.

Hillager se dio la vuelta y vio que Gimson le estaba mirando fijamente y tenía una expresión extraña en la cara, que en parte reflejaba compasión pero sobre todo repugnancia.

—Propongo —dijo Gimson—, que te remangues la camisa.

—¿Te has vuelto loco? —susurró Hillager.

—No. Soy el rastreador y el guía —explicó Gimson—. ¿Cuál crees que era tu función en esta expedición? Venga, remángate. Este horror necesita sangre, y la necesita ya.

Muy despacio, sabiendo cómo reaccionaría Duque si averiguaba que Hillager había dejado morir a su sanguijuela en lugar de alimentarla, empezó a remangarse la camisa.

Capítulo 1

–¿Has pensado alguna vez en las hormigas? –preguntó Amyus Crowe.

Sherlock negó con la cabeza.

–Aparte de cuando las veo subir a los sándwiches de mermelada en las excursiones, no puedo decir que haya reflexionado mucho sobre ellas.

Los dos estaban paseando por el campo de Surrey. El sol caía sobre la nuca de Sherlock como un ladrillo. Un intenso aroma a flores y heno recién cortado parecía flotar en el aire a su alrededor.

Una abeja pasó zumbando cerca de su oreja y él se estremeció. Se podía decir que tenía sentimientos encontrados respecto a las hormigas, pero las abejas le seguían asustando.

Crowe se rio.

–¿Qué os pasa con los sándwiches de mermelada? –preguntó entre risas—. Creo que los hábitos de alimentación británicos tienen un punto infantil que no posee ningún otro país. Pasteles al vapor, sándwiches de mermelada –sin corteza, claro– y verduras hervidas durante tanto tiempo que no son más que una plasta con sabor a algo. Es comida para la que no se necesitan dientes.

Sherlock sintió una punzada de irritación.

–¿Y qué tiene de maravilloso la comida norteamericana? –preguntó, cambiando de postura en el muro de piedra se-

co en el que estaba sentado. Delante de él, el terreno bajaba en cuesta hacia un río que se perdía a lo lejos.

–Los bistecs –dijo Crowe sin más. Estaba apoyado en la pared, que le llegaba a la altura del pecho. Tenía los brazos cruzados y la mandíbula cuadrada sobre ellos, y su sombrero de ala ancha le protegía los ojos del sol. Vestía su habitual traje blanco de lino–. Grandes bistecs a la parrilla. Asados como es debido para que todo el borde esté crujiente, no pasados por encima de una vela como hacen los franceses. Y tampoco bañados en una salsa cremosa de brandy, como también hacen los franceses. No hace falta tener la inteligencia de un arzobispo para cocinar y servir un bistec en condiciones, así que ¿por qué fuera de Estados Unidos nadie puede hacerlo bien? –Suspiró, y su buen carácter rebotante de vitalidad se desvaneció de pronto y dejó al descubierto una inesperada tristeza desprovista de vida.

–¿Echas de menos Estados Unidos? –preguntó Sherlock.

–Llevo fuera demasiado tiempo, más del que ningún hombre debería estar. Y sé que Virginia también echa de menos su país natal.

Sherlock solo podía pensar en una cosa: la hija de Crowe, Virginia, montando su caballo Sandía, con el pelo cobrizo cayéndole por la espalda como una llama que fuese tras ella.

–¿Cuándo vais a volver? –preguntó, y esperó que no fuera pronto. Se había acostumbrado a ambos, a Crowe y a Virginia. Le gustaba que formaran parte de su vida desde que lo habían mandado a vivir con sus tíos.

–Cuando mi trabajo aquí haya terminado. –Una sonrisa enorme le surcó la cara arrugada y curtida y le cambió el humor–. Y cuando considere que he cumplido mi deber con tu hermano enseñándote todo lo que sé. Venga, vamos a hablar de hormigas.

Sherlock suspiró, resignándose a otra de las lecciones improvisadas de Crowe. El corpulento norteamericano podía servirse de cualquier cosa, tanto si estaba en el campo como si estaba en la ciudad o en casa de alguien, y utilizarlo

como trampolín para una pregunta, un problema o un acertijo lógico. Estaba empezando a molestarle.

Crowe se enderezó y miró detrás de él.

–Creí haber visto a algunos de esos bichitos –dijo mientras se acercaba a un pequeño montón de tierra seca que parecía una colina en miniatura sobre un trozo de hierba. Sherlock no se dejó engañar. Seguramente Crowe las hubiera visto al subir y hubiera tomado nota de ellas como material para su siguiente clase práctica.

Sherlock bajó del muro de un salto y fue andando hacia donde estaba Crowe.

–Un hormiguero –dijo con desgana. Unos puntitos negros deambulaban sin rumbo fijo alrededor del montículo de arena.

–En efecto. La prueba visible de que hay un montón de pequeños túneles debajo que los bichitos han excavado pacientemente. Ahí debajo, en algún lugar, encontrarás miles de huevos blancos diminutos, todos ellos puestos por una hormiga reina que se pasa la vida bajo tierra y nunca ve la luz del día.

Crowe se agachó y le hizo un gesto a Sherlock para que hiciera lo mismo.

–Mira cómo se mueven las hormigas –dijo–. ¿Qué te hace pensar?

Sherlock las observó durante un rato. Dos hormigas iban en la misma dirección, y de pronto cada una parecía cambiar de rumbo sin previo aviso ni razón aparente.

–Se mueven de forma aleatoria –contestó–. O reaccionan ante algo que no podemos ver.

–Lo más probable es que sea la primera explicación –dijo Crowe–. Se llama «el andar del borracho» y es sin duda una buena manera de recorrer una distancia cuando estás buscando algo. La mayoría de la gente, cuando inspecciona un área determinada, caminará solo en línea recta, cruzando de un lado a otro, o la dividirá en una cuadrícula y registrará cada cuadrado por separado. Esas técnicas por lo general garantizarán el éxito a la larga, pero las probabilidades de encontrar rápidamente lo que sea que haya ahí aumen-

tan usando este modo aleatorio de recorrer una distancia. Se llama «el andar del borracho» –repitió–, por la forma en que camina un hombre cuando se ha puesto ciego de whisky, con las piernas yendo cada una por su lado y la cabeza moviéndose en una dirección totalmente diferente. –Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó algo–. Pero volviendo a las hormigas: mira lo que hacen una vez que encuentran algo interesante.

Le enseñó a Sherlock lo que tenía en la mano. Era un bote de cerámica con una tapa de papel encerado sujeta con una cuerda.

–Miel –dijo antes de que Sherlock pudiera preguntar–. La he comprado en el mercado. –Desató la cuerda y quitó el papel–. Siento si esto te trae malos recuerdos.

–No te preocupes –dijo Sherlock. Se agachó y se arrodilló junto a Crowe–. ¿Debo preguntar por qué estás vagando por ahí con un frasco de miel en el bolsillo?

–Uno nunca sabe lo que puede venirle bien –contestó Crowe, sonriendo–. O quizá planeé todo esto con antelación. Tú eliges.

Sherlock sonrió y negó con la cabeza.

–La miel es básicamente azúcar, además de un montón de cosas más –continuó Crowe–. A las hormigas les encanta el azúcar. La llevan de vuelta al nido para alimentar a la reina y a las pequeñas larvas que salen de los huevos.

Crowe metió el dedo en la miel y Sherlock observó que estaba líquida debido al calor; luego sacó una enorme gota brillante y la dejó caer al suelo. Cayó encima de una mata de hierba y se quedó ahí colgando durante un rato antes de que unas hebras relucientes se hundieran en la tierra formando una especie de garabato.

–Ahora vamos a ver lo que hacen estos bichitos.

Sherlock observó cómo las hormigas seguían deambulando sin rumbo; algunas trepaban por las briznas de hierba y se quedaban un rato colgando boca abajo y otras buscaban comida entre los granos de arena. Al cabo de un momento, una de ellas atravesó una hebra de miel. Se detuvo a mitad de camino. Por un instante Sherlock pensó que se

había quedado atascada, pero ella merodeó a lo largo de la hebra, se movió hacia atrás y después metió la cabeza como si fuera a beber.

–Está cogiendo toda la que pueda llevar –dijo Crowe en tono familiar–. Ahora regresará a donde están las demás. – Y, en efecto, la hormiga pareció volver sobre sus pasos, pero en lugar de dirigirse directamente al nido siguió vagando de un lado para otro. Tardó unos minutos, y Sherlock estuvo a punto de perderla de vista un par de veces mientras se cruzaba con otros grupos de hormigas, pero al final llegó al montón de tierra seca y desapareció en un agujero lateral.

–¿Y ahora qué? –quiso saber Sherlock.

–Mira la miel –dijo Crowe.

Diez, tal vez quince hormigas, ya la habían descubierto y la estaban probando. Otras seguían uniéndose a la multitud. Cuando llegaban, algunas se alejaban y se dirigían distraídamente al nido.

–¿Qué ves? –preguntó Crowe.

Sherlock inclinó la cabeza para fijarse bien.

–Parece que las hormigas tardan cada vez menos en volver al nido –dijo sorprendido.

Al cabo de unos minutos había dos filas paralelas de hormigas que se movían entre la miel y el nido. El deambular azaroso había sido sustituido por un recorrido intencional.

–Bien –respondió Crowe con aprobación–. Ahora vamos a intentar un pequeño experimento.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel del tamaño aproximado de su mano. Lo colocó en el suelo a medio camino entre el nido y la miel. Las hormigas cruzaron el papel al volver al nido como si ni siquiera lo hubieran visto.

–¿Cómo se comunican? –preguntó Sherlock–. ¿Cómo le dicen dónde está la miel las hormigas que la han encontrado a las que están en el nido?

–No lo hacen –respondió Crowe–. El hecho de que vuelvan con miel es una señal de que hay comida fuera, pero

no pueden hablar unas con otras, no pueden leerse la mente ni señalar con esas patitas que tienen. Se trata de algo mucho más inteligente. Deja que te lo enseñe.

Crowe se agachó y dobló hábilmente el trozo de papel formando un ángulo de noventa grados. Las hormigas que ya estaban encima se alejaban por el borde y daba la impresión de que andaban perdidas y vagaban sin rumbo, pero Sherlock se quedó fascinado al ver que las que llegaban de nuevas lo atravesaban hasta llegar al medio, luego se daban la vuelta y se iban por donde habían venido hasta que llegaban al borde, y empezaban a deambular también.

—Están siguiendo un camino —dijo en voz baja—. Un camino que ellas pueden ver pero nosotros no. De alguna manera, las primeras hormigas lo han marcado y el resto lo ha seguido, y cuando le has dado la vuelta al papel continuaban siguiendo el camino, sin saber que ahora conduce a otra parte.

—Así es —dijo Crowe con un gesto de aprobación—. Se supone que se trata de una especie de sustancia química. Cuando la hormiga lleva comida va dejando su rastro tras ella. Imagina que lleva un trapo impregnado con algo que huela muy fuerte, como el anís, pegado a una de sus patas, y a las otras hormigas siguiendo el rastro anisado por inercia como si fueran perros. Debido al efecto del «andar del borracho», la primera hormiga dará vueltas por todas partes antes de encontrar el nido. A medida que van encontrando la miel, algunas hormigas toman caminos más largos hasta el nido y otras más cortos. Como los recorren más hormigas, los caminos más cortos están cada vez más marcados gracias a la sustancia química, porque llegan antes y porque vuelven más rápido; y los más largos, los que dan un gran rodeo, desaparecen porque no funcionan tan bien. Al final acabas teniendo un camino prácticamente recto. Y puedes demostrarlo haciendo lo que yo he hecho con el papel. Las hormigas siguen el mismo camino a pesar de que ahora conduce lejos del nido, no hacia él, aunque llegará un momento en el que corrijan su error.

–Increíble –dijo Sherlock en voz baja–. No lo sabía. No es... inteligencia... porque es por instinto y no se comunican entre sí, pero lo parece.

–A veces –observó Crowe–, un grupo es menos inteligente que un individuo. Mira a las personas: una por una pueden ser listas, pero cuando están en medio de una muchedumbre se puede formar una revuelta, especialmente si hay un incidente que lo provoque. Otras veces un grupo muestra un comportamiento más inteligente que un individuo, como en este caso con las hormigas o con los enjambres de abejas.

Se enderezó y se sacudió la tierra de los pantalones de lino.

–El instinto me dice que es casi la hora de comer. ¿Crees que tus tíos podrán hacer un hueco en la mesa para un americano errante?

–Estoy convencido de que sí –contestó Sherlock–. Aunque no estoy tan seguro del ama de llaves, la señora Eglantine.

–Tú déjamela a mí. Tengo encanto de sobra para desplegar a la primera de cambio.

Volvieron dando un paseo por el campo y atravesaron una arboleda. Crowe le iba señalando a Sherlock grupos de setas y otros hongos comestibles para reafirmar lo que le había enseñado semanas antes. Hasta ese momento, el joven estaba bastante seguro de que podía sobrevivir en medio de la naturaleza comiendo lo que encontrara sin envenenarse.

En media hora llegaron a la mansión Holmes: una casa enorme y bastante imponente ubicada en unos cuantos acres de terreno. Sherlock podía ver la ventana de su habitación en la parte de arriba de la vivienda: un cuarto pequeño e irregular construido debajo de un techo inclinado. No era cómodo, y por la noche nunca tenía ganas de irse a la cama.

Un carruaje estaba parado delante de la entrada principal; su conductor agitaba distraídamente el látigo mientras